

LA INVULNERABILIDAD MASCULINA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ESTADOUNIDENSE BLANCA: GEORGE WASHINGTON Y EL PRIMER DISCURSO PRESIDENCIAL

TERESA REQUENA-PELEGRÍ

Universitat de Barcelona

Como primer presidente de Estados Unidos, George Washington ocupa un lugar relevante en la historia nacional. Representado mediante narrativas visuales y textuales a menudo idealizadas, Washington se ha descrito a lo largo de la historia como un hombre moralmente ejemplar y con una fortaleza física que es simbólica de su fortaleza interior, como si fuera «el primero de entre los hombres» (Valsania, 2022, p. 12). Atributos como su cuerpo musculoso, su férrea determinación o su valentía fueron exagerados por los biógrafos del siglo XIX para construir una imagen sólida y simbólica de Washington como padre de la nación (Valsania, 2022, p. 13); una mitificación que se desarrolló paralelamente a otros acontecimientos relevantes en las primeras décadas de vida del país. Por un lado, el proceso de consolidación de la nación a nivel simbólico y político, tarea necesaria tras la consecución de la independencia de Gran Bretaña en 1783 y que se centrará en la construcción política y retórica de la nación como entidad homogénea y cohesionada (Domínguez Andersen y Wendt, 2015). Por otro, la legitimación de nuevos modelos de masculinidad blanca que se convertirán en normativos. Tanto un proceso como el otro—el de construcción del personaje y el de la nación—tendrán en común la aglutinación de características deseables que confluirán en una ilusión de homogeneidad y cohesión. Así, Washington se presentará como un héroe capaz de liderar el nuevo país erigiéndose en un emblema del ideal blanco y masculino. En ambos casos, se legitimarán las imágenes a través de documentos oficiales, discursos o representaciones culturales en los que se ofrecerá un ideal de unión que apacigüe las contradicciones inherentes entre la retórica de la libertad expresada en documentos como *La declaración de independencia* en contraposición con lo que Garrett denomina «las incipientes instituciones nacionales de dominación, explotación y falta de libertad general» (2022, p. 19).

Este capítulo argumenta que parte esencial en este proceso de concentración y aglutinación es la ascendencia de la invulnerabilidad como característica constitutiva y deseable de la masculinidad blanca de la nueva nación que implica un desplazamiento de la vulnerabilidad. La idealización de Washington como hombre invulnerable a lo largo de la historia contrasta, sin embargo, con el primer discurso presidencial en la historia de Estados Unidos que él mismo pronunció como primer presidente el 16 de abril de 1789 en el cual explicita su fragilidad y sus dudas, lejos de la seguridad atribuida a sus biógrafos posteriores. El presente capítulo analiza dicho discurso desde la perspectiva de los estudios críticos de las masculinidades así como los estudios de la vulnerabilidad y argumenta que, a pesar de la construcción del personaje como epítome de la invulnerabilidad masculina y nacional a través de la historia, el texto explicita una visión más compleja que pone de manifiesto la vulnerabilidad de Washington, lo cual no solo nos puede servir para revisar la idealización del mito sino que ofrece una visión más matizada de la simultaneidad de modelos y discursos sobre la masculinidad, discursos que pugnan por legitimarse y conseguir ascendencia en una época histórica concreta. En concreto, se evidencia un desplazamiento de la vulnerabilidad, enfatizando en su lugar la invulnerabilidad y sus connotaciones de autonomía y separación como objetivos deseables a alcanzar, aunque ficticios.

1. LA VULNERABILIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS MASCULINIDADES

La vulnerabilidad como cualidad intrínseca de los seres vivos ha sido mayoritariamente invisibilizada en la historia de los Estados Unidos tanto en el plano político como en la construcción del género masculino. Como han puesto de manifiesto los estudios sobre el *poshumanismo*, desde el advenimiento del sujeto ilustrado en el siglo XVIII, la predominancia de la razón estuvo relacionada directamente con el sujeto universal, implícitamente masculino. Este sujeto asumió la autonomía como principal característica de su definición y, por lo tanto, obvió la interdependencia y las interrelaciones, dejando de lado la vulnerabilidad como cualidad ontológica y compartida y definiendo en contraposición la invulnerabilidad como aspecto a alcanzar. La crítica contemporánea ha enfatizado la ficción de tal presupuesto señalándola como una construcción que tiene como punto de partida la renuncia a aceptar la materialidad del cuerpo y la posibilidad de la herida, como nos indica su etimología (del lat. *vulnus*, herida). Es decir, una apertura que expone estos mismos cuerpos a una violencia material y simbólica. Así pues, la vulnerabilidad existe en estrecha relación con el cuerpo y es la materialidad del cuerpo la que conlleva la exposición (Butler, 2004). Dicha exposición conlleva la interdependencia y destruye, por lo tanto, la fantasía del sujeto autónomo al invitarnos a pensar en términos de fragilidad y de relación, convirtiéndose en una característica propia de los seres humanos a la vez que impropia, es decir, no exclusiva del sujeto sino perteneciente a lo común (Fuster, 2021, p.

30). Partiendo de esta condición ontológica, la vulnerabilidad suele asociarse con un campo muy amplio de significados diferentes –incluso contradictorios– relacionados con ideas como la exposición, la dependencia, la fragilidad, la humillación, la pasividad, la alienación y el aislamiento, así como la resistencia, la resiliencia, la interdependencia, el deseo y el empoderamiento (Fuster, 2021, p. 31). Sara Ahmed, por ejemplo, afirma que la materialidad de nuestros cuerpos nos hace vulnerables por defecto, ya que, para poder sobrevivir, necesitamos permitir la entrada de comida en ellos, «debemos dejar entrar todo lo que “no somos nosotros”» (2014, p. 83). Erinn Gilson también teoriza sobre dicha cuestión en *The ethics of vulnerability* (2016) y se pregunta por qué las reacciones culturales dominantes en relación con la vulnerabilidad «tienden a ser las de evitación y negación en vez de las de aceptación y respuesta atenta» (p. 73). En este sentido, Gilson argumenta que dicha negación de la vulnerabilidad forma parte de la construcción de la invulnerabilidad como una forma de ignorancia y de ficción, lo cual acaba perpetuando las relaciones opresivas tanto desde el punto de vista social, económico como del político (2016, p. 74).

Los estudios críticos de las masculinidades también han puesto de manifiesto la contingencia de las construcciones de la masculinidad ya que «la masculinidad no emerge de manera espontánea a partir de nuestra constitución biológica: se construye en nuestra cultura» y por esta razón cualquier historia de la masculinidad debe incluir dos historias: la de los ideales de masculinidad que se suceden a la par que la historia de los discursos que coexisten y se encuentran en competición con ellos (Kimmel, 1996, pp. 3-4). De hecho, Pascoe y Bridges definen la masculinidad como «las prácticas, comportamientos, actitudes, sexualidades, emociones, posiciones, cuerpos, organizaciones, instituciones y todo tipo de expectativas culturalmente asociadas con (aunque no limitadas a) las personas entendidas como hombres» puesto que «la masculinidad es una descripción dada a todo tipo de roles culturales, instituciones, prácticas y procesos» (2016, p. 4). Así, se ha revisado ampliamente la fantasía universal del sujeto autónomo y se ha puesto de manifiesto que el humanismo occidental ha canalizado históricamente los intereses de los grupos privilegiados al ensalzar la racionalidad y la autonomía como principios fundamentales (Pease, 2021, p. 112). En estos procesos, las nociones de legitimidad, normatividad y ascendencia adquieren un significado primordial puesto que nos ayudan a matizar las dinámicas de poder por las cuales ciertos modelos adquieren mayor visibilidad y se erigen en normativos. Es decir, existe una coexistencia de discursos y la pugna de algunos de ellos para convertirse en legítimos, puesto que como explica Messerschmidt, las masculinidades hegemónicas se construyen en torno a la ascendencia cultural a través del consentimiento y la conformidad de manera que obtienen una posición de influencia para guiar el comportamiento de las personas (2019, p. 21).

¹ Todas las citas de autores anglosajones han sido traducidas por la autora del capítulo.

Este proceso puede observarse, por ejemplo, en el desarrollo de lo que se denominará el *self-made man* u *hombre hecho a sí mismo*, un modelo dominante de masculinidad blanca gestado desde el siglo XVIII y consolidado en la década de 1820 que se encuentra íntimamente relacionado con el desarrollo del modelo capitalista en la sociedad del siglo XIX. Este hombre autosuficiente se define en el ámbito público de las transacciones económicas, los negocios y la competitividad. Este arquetipo del hombre hecho a sí mismo, anticipado, por ejemplo, en Benjamin Franklin antes de la consolidación del concepto, adquiere legitimidad y visibilidad en el contexto de una sociedad en transformación económica que promueve un modelo de hombre competente, fuerte, independiente, autónomo e invulnerable, capaz de ser el proveedor de la familia. En última instancia, este tipo de masculinidad se fundamenta en la arrogancia y el control, en lugar de en la interdependencia inherente a la vulnerabilidad (Pease, 2021, p. 112).

2. HOMOGENEIZACIÓN DE LA NARRATIVA HISTÓRICA

El período que nos ocupa se caracteriza por una marcada propensión al proceso simbólico y, en consecuencia, a la homogeneización. La tendencia aglutinadora, la búsqueda de una imagen, un modelo de masculinidad transcendente, atemporal, y homogéneo es en sí misma un proceso sociológico puesto que se tiende a buscar la seguridad en lo permanente especialmente en momentos de crisis; las viejas definiciones ya no sirven y las nuevas están todavía en proceso de consolidación (Kimmel, 1996, p. 3).

Desde una perspectiva histórica, las décadas posteriores a la consecución de la independencia en 1783 ocupan una posición prominente en la historia de los Estados Unidos como período dominado por cuestiones de organización política. Según afirman Hunting Howell y LaFleur, este período se considera «un punto muerto en los estudios literarios» (2022, p. 1), puesto que se ha tendido a priorizar el análisis de las cuestiones de subjetividad liberal y democrática. En este sentido, han tenido especial relevancia aspectos como la imposición del colonialismo de poblamiento o el *Destino manifiesto*, pero se ha minimizado el análisis sobre la desigualdad estructural estrechamente relacionada con la construcción de una nueva nación (Howell y LaFleur, 2022, p. 1). La creación de una nueva identidad nacional como resultado de la recientemente lograda independencia política constituye una tarea de suma relevancia en el período comprendido entre el final de la Guerra de la Independencia (1783) y el principio de la Guerra Civil (1861).

Este período se caracteriza por un estado de convulsión y proliferación de procesos simultáneos. Por un lado, se hace indispensable delinear una nueva entidad política, los recientemente independizados Estados Unidos, junto con todos los debates sobre su estructura y así, los debates sobre federalismo o antifederalismo serán preponderantes en el discurso político durante las primeras décadas del nuevo país,

reflejando también la necesidad de encontrar la unidad política como elemento central de legitimación de la nueva nación. En este proceso, resulta imperativo encontrar elementos que simbolizen la unión de los ahora nuevos estados, así como contar con representantes políticos que igualmente encarnen el valor de la unión. En consecuencia, el proceso de legitimación de la nueva nación se concentrará en ofrecer una visión de unidad, homogénea que estará simbolizada, encarnada en el hombre blanco, de clase alta y cuya visibilidad como modelo se configurará a partir de su participación en la política y el discurso público.

La imposición de una narrativa uniforme a este período ha permeado asimismo la historiografía, puesto que gran parte de ella puede apreciarse la idea de una placidez histórica, una estabilidad, así como una retórica de universalidad ensalzada en el documento fundacional de la nación, *La declaración de independencia*, pero que en realidad tan solo representa los intereses de los hombres blancos que ocupan posiciones de poder (Stovall, 2021). Huntting Howell y LaFleur también señalan acertadamente la mitificación de este período por la derecha ideológica, la cual lo ha apropiado para celebrar un pasado de perfecta unión y dominación masculina y blanca (2022, pp. 1-2). Este tipo de construcción historiográfica ha llevado a crear una narrativa en la que se asocia el período inmediatamente posterior a la revolución y las primeras décadas del siglo XIX a un sentido de rectitud moral anterior a la caída del paraíso, en el que todo parecía estar bien antes de que los problemas reales empezaran (Huntting Howell y LaFleur, 2022, pp. 1-2). Huntting Howell y LaFleur denominan *historiografía de consenso* a este paradigma de retórica y ponen como muestra un fragmento de la *1776 Commission Report* de la primera administración Trump, en la que se afirmaba:

Los hechos de nuestra fundación no son partidistas. Son una cuestión de historia. Las controversias sobre nuestra fundación no son partidistas. Son una cuestión de historia. Las controversias sobre el significado de la fundación pueden empezar a resolverse examinando los hechos de la fundación de nuestra nación. Bien entendidos, estos hechos responden a las preocupaciones y aspiraciones de los estadounidenses de todas las clases sociales, niveles de renta, razas y religiones, regiones y condiciones sociales. (citado en Huntting Howell y LaFleur, 2022, p. 3)

Las investigaciones recientes ponen en tela de juicio este tipo de narrativa homogeneizante así como el enfoque cronológico y teleológico en el estudio de este período histórico. Estudios como los de Gustafson (2012), Castronovo (2023), Domínguez Andersen y Simon Wendt (2015) por ejemplo, adoptan como punto de partida un enfoque centrado en la coexistencia de discursos en clara competencia por adquirir ascendencia y normatividad en contraposición a una sucesión ordenada de eventos. Un ejemplo ilustrativo es la redefinición de la cronología y la temporalidad junto con sus marcos conceptuales a través de la revisión queer de la crononormatividad. Este enfoque ha llevado a la reevaluación de los conflictos bélicos como principios organizativos. En el contexto de los estudios literarios, el estudio editado por Cody Marrs

y Christopher Hager, *Timelines of american literature*, pone de manifiesto la artificialidad de la sucesión de períodos en las historias literarias tradicionales. En contraposición, afirman que la historia literaria es desordenada. Los movimientos literarios no solo se reemplazan entre sí, en sucesión, sino que «coexisten, se deforman o se desvían en direcciones inesperadas. Los autores se desvanecen o son redescubiertos. Los géneros surgen, desaparecen y se reutilizan de innumerables maneras. La historia literaria es tan dinámica como la historia misma» (2019, p. 1).

Asimismo, como explica Justine S. Murison en la introducción a *American literature in transition: The long nineteenth century, 1820-1860*, la revisión de los principios organizativos de los estudios estadounidenses se sustenta, entre otros aspectos, en la crítica a la narrativa excepcionalista que ha caracterizado el desarrollo de la disciplina desde sus orígenes. Esta ha estado tradicionalmente enfocada en crear etiquetas que parecen resumir todos los aspectos de una época como, por ejemplo, *the age of Jackson*, y que se sustentan asimismo sobre la crononormatividad o la cronología temporal en la que diferentes hechos se suceden en una narrativa teleológica que lleva a desembocar en el gran acontecimiento histórico de mediados del siglo XIX, la Guerra Civil, que tradicionalmente divide el siglo en dos partes (2022, pp. 1-2)².

El cambio del punto de vista en el estudio de la disciplina que hemos observado en la redefinición tanto del contenido como de la cronología como maneras de poner de manifiesto la rica complejidad en la pugna por adquirir la legitimidad de los discursos adquiere una visibilidad palpable en el discurso ofrecido por George Washington con motivo de su investidura como primer presidente de los Estados Unidos porque lejos de suponer una glorificación del país, asentada en un principio de invulnerabilidad, nos muestra también la coexistencia de dicho discurso en la fragilidad del cuerpo y de una masculinidad explícitamente vulnerable.

3. GEORGE WASHINGTON: LA FICCIÓN DE LA INVULNERABILIDAD

El proceso de mitificación de la figura de George Washington constituye un ejemplo representativo de la eliminación de la vulnerabilidad como cualidad ontológica constitutiva de los seres vivos. Como primer presidente de Estados Unidos y símbolo nacional de especial relevancia en tanto que imagen visible de la nueva nación la figura de George Washington se ha convertido en un símbolo por excelencia

² Como apunta Sizemore, otros acontecimientos históricos como Revolución Americana también han funcionado como un lastre en las narrativas construidas como progresión histórica, marcando una barrera divisoria en el proceso desde colonia a nación o de monarquía a república (2022, p. 251). Desde este punto de partida, por ejemplo, Sizemore propone una línea temporal alternativa a la posguerra de la Revolución Americana y la denomina “posguerra afectiva”, que se caracteriza por incorporar invocaciones posteriores de la Revolución como acontecimiento histórico que suscita sentimientos nacionales mucho tiempo después de su conclusión (2022, p. 252).

de la nación, construido y apropiado a través de, como apuntábamos anteriormente, imágenes y narrativas idealizadas. En este sentido, Washington sigue ocupando la posición de símbolo nacional como representante de una nación en sus inicios que pugna por sobrevivir, por lo que la figura de Washington se ha convertido y simplificado enormemente con el fin de sacralizarlo y santificarlo más allá de todo reproche, pero también fuera de todo contexto (Valsania, 2022, p. 12). Elegido jefe del estado mayor del Ejército Continental durante la guerra de la independencia en junio de 1775, su pasado militar le otorga legitimidad como representante simbólico que es capaz de proteger la nación y encarna asimismo un modelo de masculinidad ideal por su pasado militar. Como explica Joane Nagel, el imaginario de la guerra está culturalmente anclada en las construcciones de la masculinidad ideal, puesto que se asocia la guerra con elementos como el valor, la dureza, el honor, la fuerza y el coraje (2007, p. 626). De esta manera, la guerra suele representar una oportunidad perfecta para demostrar la masculinidad (Nagel, 2007, p. 626) y así, el liderazgo militar de George Washington durante la Guerra de la Independencia lo situó firmemente como una figura heroica cuya masculinidad estaba anclada en los ideales de valor y sacrificio (Cope et al., 2001, p. 10).

El libro de Maurizio Valsania, *First among men: George Washington and the myth of American masculinity*, analiza dicho proceso de construcción basado en un ideal de masculinidad que ensalza las cualidades de fuerza, prudencia, e integridad moral. Valsania se centra en tres aspectos fundamentales de la vida de Washington: su vida física, su mundo emocional y su entorno social para presentar una figura mucho más matizada y compleja del protagonista puesto que las dificultades físicas, las lesiones y las enfermedades que sufrió dibujan un personaje afectuoso y sentimental, muy diferente de la imagen agresiva y musculosa que retratan los biógrafos posteriores en el siglo XIX. Como padre simbólico de una nación preocupada por la fuerza y la expansión territorial, Washington es el más alto, el más fuerte, y el más viril de los hombres cuya masculinidad y determinación sin parangón parecen naturales a la par que imperativos morales para estar al mando de la nación (Valsania, 2022, p. 13). Esta representación sigue perpetuándose incluso en la actualidad, ya que las biografías modernas interpretan el cuerpo robusto y prominente de Washington como el gran símbolo de la nueva nación e incluso exageran dicha corpulencia, característica que Valsania rebate con documentación histórica (2022, pp. 14-15). Este tipo de representación de la figura del presidente circuló a través de cuadros y referencias textuales, sometida así a un proceso de heroificación similar al que otros personajes históricos masculinos han experimentado en la historia de los Estados Unidos³. Como señala Valsania:

³ Publicaciones como las de Loewen, *Lies My Teacher Told Me*, marcaron una línea revisionista en el estudio de la construcción de los símbolos nacionales y en concreto, en el proceso de “heroificación” por el cual ciertos personajes históricos pasaban a ser representaciones ideales, moralmente impecables que encarnaban los valores de la nación.

No existe una cualidad universal que defina la hombría o la masculinidad. Cada época y cultura tiene su propia versión, y a veces impone esas prioridades y valores al pasado. Este fue el caso en el siglo XIX con respecto a Washington. El general del Ejército Continental, fundador de la república y primer presidente fue posiblemente el líder político más importante del siglo XVIII, pero consciente o inconscientemente, fue reinterpretado para satisfacer la necesidad del siglo XIX de un héroe nacional más sencillo y musculoso. En este proceso de engrandecimiento, los matices y la complejidad de la personalidad y el carácter de Washington se vieron enormemente disminuidos. (2022, p. 33)

Gustafson analiza cómo George Washington pasó a encarnar los valores del recién creado país y hace hincapié en el proceso de autocreación de Washington analizando con atención las formas lingüísticas que utilizó y en particular, a las dimensiones simbólicas de la palabra escrita en la negociación del poder político y la autoridad social (2012, p. 245). Así, Washington modificó, por ejemplo, su letra llena de ornamentos por una de mayor simplicidad y más fácil de leer; su estilo de prosa fue mostrando paulatinamente un estilo directo e intenso, lo que reflejaba su carácter público como un hombre calmado y comprometido, reforzando de esta manera el efecto de transparencia y sinceridad (Gustafson, 2012, p. 216). Igualmente, las representaciones pictóricas de George Washington hacen hincapié en su relación con las formas y los significados de la textualidad, mostrándolo a menudo con documentos en sus manos (Gustafson 2012, pp. 216-219).

Las observaciones de Gustafson en relación con el lenguaje nos sirven para analizar cómo se obtiene también la consolidación de lo normativo como masculino y blanco a través de elementos culturales e históricos. Aspectos como los discursos políticos, por ejemplo, son materiales en los que se asientan ideas que se consolidarán acerca de los valores asociados a la masculinidad y que los legitimarán. De hecho, la literatura estadounidense ha estado siempre muy vinculada a las formas y estilos orales (Gustafson, 2022, p. 34). En particular, los discursos políticos tuvieron una mayor relevancia que la novela en la cultura literaria del momento (Gustafson, 2022, p. 34). De hecho, podemos observar la circulación del ideal de masculinidad blanca a través de diferentes tipos de documentos políticos: discursos, tratados, etc. y tenemos cada vez más textos susceptibles de análisis extraídos de la digitalización de archivos—por ejemplo, anuncios periodísticos—que no hacen más que cuestionar y añadir complejidad a las narrativas homogeneizantes y teleológicas del período. En este sentido, los discursos presidenciales pronunciados en ocasiones especiales, como la toma de posesión o la renuncia al cargo, constituyen un material valioso para estudiar cómo se diseminan los códigos de masculinidad. Al circular y leerse en público, los discursos incorporan una cualidad performativa que añaden significación a la palabra escrita.

En el discurso presidencial que analizamos, Washington incorpora una retórica familiar para encalar el inicio de su presidencia con las nociones esenciales de libertad y unión que figuran de manera prominente *La declaración de independencia*. En

la página web de los National Archives se puede encontrar la información necesaria para contextualizar el primer discurso pronunciado por Washington el día 16 de abril de 1789, dos días después de recibir la notificación de su elección. Washington se desplazó hacia Nueva York en lo que supuso una procesión triunfal puesto que la ciudadanía, así como los oficiales de artillería le ofrecían saludos de honor a lo largo del camino. Al llegar a Nueva York, cruzó la bahía desde Bridgetown hasta la ciudad en una barcaza especialmente construida para la ocasión. El Congreso tuvo que nominar una comisión especial para determinar la manera en que debía desarrollarse la primera investidura, que acabó celebrándose en el Federal Hall en la esquina de las calles Wall y Nassau. En el balcón del edificio, Washington prestó juramento sobre una Biblia y la besó. La ley no preveía ninguna otra ceremonia, pero Washington leyó el texto cuando todos los asistentes se encontraban en la sala del Senado. Posteriormente, todos asistieron al oficio religioso celebrado en la iglesia de St. Paul y se disparó un castillo de fuegos artificiales para cerrar programa de actos oficiales (2021).

En la mayor parte del discurso, Washington retoma el enfoque de *La declaración de independencia* al, por un lado, apropiarse de la retórica que presenta a Dios como benefactor del pueblo Estado y por otro, al recalcar la necesidad de unión para hacer frente común a los retos que se presentan en la construcción de una nueva unidad política. La representación de Dios entronca con la que se le otorga en *La declaración de independencia*, y se refiere a él como “Ser Todopoderoso”, “Gran Autor”, “Mano Invisible”, “el Padre benefactor de la Raza Humana”, presentándolo como la ayuda y la presencia indispensables en el desarrollo de sus funciones. La referencia a Dios es una estrategia unificadora, políticamente necesaria en el contexto de formación de la nueva nación, en el que deben aunarse esfuerzos para construir una identidad común que consolide las bases del nuevo país. De igual manera, Washington afirma que nadie mejor que «los hombres» de los Estados Unidos para «reconocer y adorar la Mano Invisible» que guía sus vidas, una presencia que ha estado siempre de su lado y que les ha otorgado alguna que otra «intervención providencial». A continuación, Washington se centra en poner de manifiesto la necesidad de unión y asegurar que los valores de “rectitud”, “patriotismo”, y los “principios de moralidad privada puros e inmutables” serán los que guiarán a todos los integrantes del gobierno. Hace referencia a “la indisoluble unión entre la virtud y la felicidad”, al “bien público”, a la necesidad de «evitar cualquier alteración que ponga en peligro los beneficios de un gobierno eficaz y unido». Es en esta unión donde Washington encuentra su baza más contundente para asegurar «la seguridad de su unión y el avance de su felicidad».

Frente a esta retórica que celebra la invulnerabilidad de la nueva nación y tiene una función cohesionadora, el texto explicita también las dudas de Washington frente a su propia capacidad para hacer frente a la tarea que le ha sido confiada (Washington, párrs. 2-5).

Lejos de describir su nombramiento en términos grandilocuentes, como quizás cabría esperar dada la solemnidad del momento histórico, Washington comienza su

intervención refiriéndose a él como un acontecimiento «que no podría haberme llenado de mayores ansiedades» y a continuación describe el conflicto interno por el que se siente honrado por haber sido llamado por su país. En concreto, Washington lo describe como “un conflicto de emociones”, ya que es consciente de sus propias “deficiencias” e “incapacidad” a causa de la naturaleza de las tareas que tiene por delante (Washington, párr. 1). Este primer párrafo, estratégico desde el punto de vista retórico para ganarse el aplauso del público contrasta claramente con el resto del discurso por el foco en las limitaciones derivadas de la edad y la percepción de que no tiene habilidades para estar a la altura. Entronca asimismo con las referencias a la materialidad del cuerpo y otras metáforas relacionadas con la encarnación que, como explica Gustafson, aparecían de manera recurrente en los discursos públicos (Gustafson, 2012, p. 214).

La fragilidad expresada por Washington marca, según Gustafson, un estilo de discurso presidencial republicano que se basa en la habilidad de manifestar la emoción a la vez que el conflicto por controlar la emoción intensa (2022, p. 42). Sabemos que en ocasiones formales Washington mostraba una notable falta de aplomo a la hora de pronunciar sus discursos y en esta ocasión, también fue así (Gustafson, 2012, p. 42). De hecho, Gustafson recoge el testimonio de uno de los asistentes, William Maclay, quien describió la enunciación de Washington durante el discurso como *torpe* y señaló que el presidente estaba más agitado y avergonzado que nunca, «temblaba y apenas podía leer su discurso, a pesar de que podemos suponer que lo había practicado antes» (2012, p. 42). Maclay destacó los gestos nerviosos de Washington, «movía el texto de una mano a otra y hacía un ademán con la mano derecha que dejaba una impresión poco elegante» (Gustafson, 2012, p. 42). En su reseña del acontecimiento, Maclay afirmó que hubiera preferido una lectura simple y sin adornos, más acorde con la sencillez del traje marrón de paño que Washington llevaba puesto, adornado con botones de metal con un águila, simbolizando la simplicidad republicana. En su opinión, la actuación torpe de Washington socavaba el orgullo nacional simbolizado por su vestimenta (Gustafson, 2012, p. 42).

En conclusión, el estudio del primer discurso presidencial revela la complejidad y las contradicciones inherentes en la construcción de la identidad nacional estadounidense y la masculinidad blanca. Aunque a lo largo de la historia Washington ha sido idealizado como un símbolo de invulnerabilidad y fortaleza, representando un modelo de masculinidad que enfatiza la autonomía y la resistencia, su primer discurso presidencial ofrece una visión más matizada, en la que se manifiestan sus dudas y fragilidades personales. La invulnerabilidad, aunque construida como un objetivo deseable, es en realidad una ficción que oculta la interdependencia y la materialidad del cuerpo humano. Al reconocer la coexistencia de múltiples discursos y la pugna por la legitimidad, podemos obtener una comprensión más rica y compleja de la historia y de los modelos de masculinidad que han prevalecido. Este enfoque crítico nos permite cuestionar las narrativas homogeneizantes y teleológicas, y nos abre la

puerta a nuevas interpretaciones que valoran la diversidad y la interdependencia. En última instancia, el análisis de Washington y su discurso inaugural nos recuerda que la construcción de la identidad nacional y la masculinidad no son procesos lineales ni homogéneos, sino contingentes.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2014). *The cultural politics of emotion* (2nd ed.). Routledge.
- Butler, J. (2004). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. Verso.
- Castronovo, R. (2023). *American insecurity and the origins of vulnerability*. Princeton University Press.
- Cope, K. L., Pederson, W. S., y Williams, F. (2001). *George Washington in and as culture*. AMS Press.
- Domínguez Andersen, P. D., y Wendt, S. (Eds.). (2015). *Masculinities and the nation in the modern world: Between hegemony and marginalization*. Palgrave Macmillan.
- Fuster, L. (2021). Apunts per reimaginar les polítiques de la vulnerabilitat. *Compàs d'amalgama*, (4), 28-33.
- Garrett, M. (2022). The law of form and the form of the law. En W. H. Howell y G. LaFleur (Eds.), *American Literature in Transition, 1770–1828* (pp. 19–33). Cambridge University Press.
- Gilson, E. (2013). *The ethics of vulnerability: A feminist analysis of social life and practice*. Routledge.
- Gustafson, S. M. (2012). *Eloquence is power: Oratory and performance in early america*. UNC Press Books.
- Gustafson, S. M. (2022). The statesman's address. En W. H. Howell y G. LaFleur (Eds.), *American literature in transition, 1770–1828* (pp. 34–51). Cambridge University Press.
- Howell, W. H., y LaFleur, G. (Eds.). (2022). *American literature in transition, 1770–1828*. Cambridge University Press.
- Kimmel, M. S. (1996). *Manhood in america: A cultural history*. The Free Press.
- LaFleur, G., y Howell, W. H. (2022). Introduction. En W. H. Howell y G. LaFleur (Eds.), *American literature in transition, 1770–1828* (pp. 1–16). Cambridge University Press.
- LaFleur, G. (2020). *The natural history of sexuality in early America*. Johns Hopkins University Press.
- Leonard, D. (n.d.). *African American manhood*. Masculinities: a cultural encyclopedia. SAGE Knowledge. Recuperado el 27 de Febrero de 2025 de <https://sk.sagepub.com/ency/edvol/masculinities/chpt/africanamerican-manhood>
- Loewen, J. W. (2018). *Lies my teacher told me: Everything your American history textbook got wrong* (2nd ed.). The New Press.
- Marrs, C., y Hager, C. (Eds.). (2019). *Timelines of American literature*. Johns Hopkins University Press.

- Messerschmidt, J. W. (2019). Hidden in plain sight: on the omnipresence of hegemonic masculinities. *Masculinities: A journal of culture and society*, Autumn 2019 (12), 14-29.
- Murison, J. S. (Ed.). (2022). *American literature in transition, 1820–1860: Volume 2*. Cambridge University Press.
- Nagel, J. (2007). Masculinity and nationalism: Gender and sexuality in the making of nations. En M. Flood, J. K. Gardiner, B. Pease, y K. Pringle (Eds.), *The Routledge encyclopedia of men and masculinities* (pp. 626-629). Routledge.
- National Archives. (2021, May 18). *President George Washington's First Inaugural Speech (1789)*. National Archives. <https://www.archives.gov/milestone-documents/president-george-washingtons-first-inaugural-speech>
- Pascoe, C. J., y Bridges, T. (2016). *Exploring masculinities: Identity, inequality, continuity and change*. Oxford University Press, USA.
- Pease, B. (2021). Fostering non-anthropocentric vulnerability in men: Challenging the autonomous masculine subject in social work. En V. Bozalek y B. Pease (Eds.), *Post-anthropocentric social work: Critical posthumanism and new materialist practices* (pp. 108-120).
- Sizemore, M. (2022). The affective post war. En W. H. Howell y G. LaFleur (Eds.), *American literature in transition, 1770–1828* (pp. 251-267). Cambridge University Press.
- Stovall, T. (2021). *White freedom: The racial history of an idea*. Princeton University Press.
- Valsania, M. (2022). *First Among Men: George Washington and the myth of American masculinity*. Johns Hopkins University Press.